

HE AQUÍ EL TINGLADO...

Desde el último número en que publicamos esta sección han desfilado por el escenario del Teatro Circo los siguientes espectáculos:

La Compañía de zarzuela que ha actuado durante los días de feria bajo la dirección del primer actor don Vicente Aparici y en la que figuraba la notabilísima primera tiple Caridad Alvarez.

Desde las columnas de un querido colega local dije mi opinión de esta Compañía. Con relieve preciso, determinado, concreto, destacábase la figura eminente de Caridad Alvarez, una de las más legítimas glorias de las que en el teatro español contemporáneo se dedican á este género.

Caridad Alvarez era—valga el simil astronómico— como el astro principal que da luz á los demás satélites que á su alrededor giran y no tienen brillo propio.

Aparici, es un buen actor, aunque en estos públicos hiciera concesiones á la galería exagerando en ocasiones, más de lo debido, sus papeles.

De todos modos cuando él quiere sabe no pasar el límite de lo gracioso á lo clownesco, y mantener á la altura debida las situaciones respectivas en todos sus papeles cómicos.

Amparito Martí, la tiple cómica, era linda y graciosa, y después de Caridad Alvarez lo mejor del «elenco» femenino.

A otra cosa.

Contrató la Empresa á la «troupe China See-Hee» y sus trabajos fueron los de cualquier medianía en el arte de hacer títeres.

Recientemente Donnini ha dado seis representaciones con sus trabajos de transformista, ventrílocuo etc.

He elogiado su trabajo porque me ha parecido bueno, sinceramente; no como algún malicioso ha tenido la avilantez de decir por haber recibido de este artista favor ni obsequio de ninguna clase.

Todavía no necesitamos por acá de esas porquerías para elogiar á nadie.

En cambio me he metido con un *titi* que la señora de este artista quiere, según confesión de Donnini, como á un hijo de sus entrañas.

El animal es nauseabundo, feo, asqueroso, ridículo; y estos adjetivos dedicados al *titi*, exasperaron los nervios, excesivamente sensibles, hiperestésicos, de la *signora* Antonietta Giordano de Donnini.

Y resulta, que cuando yo me creía merecedor á las simpatías y al reconocimiento de este matrimonio por las frases corteses y de elogio que dediqué al esposo, el repugnante, expiojoso y mal oliente mono que debe estar en el orden de afecto de la *signora* Giordano á la misma altura que el afecto de su marido, me ha creado una antipatía perdurable—no olvidemos que son italianos—en esta familia, á la que deseo una feliz «tournée» y que no tropiecen con ningún periodista festivo que tenga el insólito atrevimiento de dedicar alguna punzante ironía al *titi* de la *signora* de Donnini.

JUAN VULGAR.

RASGOS

IMAGINARIA

Un reloj cantó las diez y el cornetín sonó prolongado tocando silencio.

Tengo la primera imaginaria; dos horas de guardia en la compañía, velando el sueño de los demás.

Algunos retrasados, asistentes, están acostándose y después, ni el más leve ruido, fuera del respirar tranquilo de los que duermen.

Mis pisadas resuenan, secas y fuertes, en el pavimento enmaderado; á ratos me paro y á ratos continúo mis paseos de vigilante.

Por las ventanas abiertas entra un ligero vientecillo, pleno de fresco abato.

Reposo, tranquilidad, silencio.

Contemplo el paisaje, desde la ventana, iluminado por la luna llena.

El airecillo suave, trae hasta mí, los ruidos de la calle, confusos, apagados.

Es una noche de Julio, agradable y plácida. En el cielo fulguran intensas las estrellas. De unos fuegos artificiales, surcan rápidos el espacio unos cohetes, vertiendo luego sus chorros de luz colorida, semeñando un desprendimiento de las motitas luminarias que adornan el manto de la noche.

Allá lejos, á la izquierda, una aglomeración de edificios grisáceos, parduzcos, recortándose su silueta por los tejados y las cúpulas multiformes.

Al frente el vetusto palacio del Duque de Liria, blanquecino, con su techumbre pizarrosa, en el que reverbera la luz plata de la luna, rodeado por un extenso jardín, cuajado de árboles que forman caprichosos celajes, por los que se entrevé la casa al fondo.

Tiene el paisaje algo atrayente, sugestivo, pero melancólico. Contemplándolo envuelto en la paz y mansedumbre, augusta, del silencio, invade mi alma una inmensa tristeza... imaginamos horas de dicha y felicidad bajo el mismo cielo, pero en diversas circunstancias; añoramos nostálgicos, horas gratas y sentimos impulso viril, intuitivo de la libertad. En un momento de rebeldía nos deslizaríamos calladamente, por la ventana, hacia la vida...

Las doce. Me apresuro á llamar al que debe continuar la vigilancia, para dormir, para soñar con la vida que abrazaríamos, al descender por el vacío, en un abrazo muy apretado, muy fuerte, con toda la fuerza de nuestra juventud frenética.

JOSÉ SARÁCHAGA.

Madrid, Septiembre, 1915



DESPUES DE LEER

En esta sección daremos cuenta de todos los libros y revistas cuyos autores ó editores nos envíen dos ejemplares; dedicando á cada uno la extensión que por su importancia requiera.